

Regina Crespo, coord., *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM, 2010, 542 págs.

Este magnífico libro constituye un aporte memorable a un tema no menos memorable: el estudio de las revistas en y desde América Latina, con la incorporación de trabajos sobre Brasil, ese todavía gran ausente de muchos estudios latinoamericanistas. En efecto, aquí se reúnen estudios sobre revistas de amplio reconocimiento en Hispanoamérica: *Sur*, *Orígenes*, *Repertorio Americano*, *Cuadernos Americanos*, *Vuelta*, así como otras de no menor importancia para un estudio de la izquierda, como *Amauta*, *Casa de las Américas*, *Marcha*. A ello se une el estudio de otros títulos menos conocidos y trabajados: *El Nuevo Mercurio*, *Claridad*, *Boletín Renovación*, *Boletín Titikaka*, *Humanismo*, *Mito*, y el análisis de varias publicaciones brasileñas como *Folha Académica*, *Cadernos do Nosso Tempo*, *Revista Brasiliense* y *Revista de Cultura Vozes*.

En cuanto al periodo abarcado por estos estudios, se trata de un amplio arco que comienza a principios de siglo (*El Nuevo Mercurio* es de 1907) y llega a revistas que han seguido publicándose incluso hasta nuestros días, como es el caso de *Cuadernos Americanos* y *Casa de las Américas*.

Se trata además de un volumen de fuerte personalidad y dignidad editorial, que es “amigable” y “transportable”, como todo buen compañero literario, y evoca la calidez y cercanía de las propias revistas.

Siempre recordaré el deslumbramiento que me produjo leer por primera vez aquellas páginas de Beatriz Sarlo que decían: “‘Publiquemos una revista’ quiere decir ‘hagamos política cultural’, cortemos con el discurso el nudo de un debate estético e ideológico”.¹

Fue así como descubrí que existía una línea de investigación dedicada a las publicaciones periódicas, y dado que estas palabras de Sarlo campean a lo largo del presente volumen, veo que son muchos los colegas que encuentran en ellas la fuerza originaria. Así, en “Un cuartel general hispanoamericano. Inicio y consolidación de la revista *Vuelta*”, Malva Flores, quien recuerda también a Sarlo, comienza su estudio con las palabras que Octavio Paz dirige a Tomás Segovia, en las que se refiere a la necesidad imperiosa de fundar una revista (nada menos que aquella que más tarde será *Vuelta*): “Creo que la revista es indispensable y que debe ser una revista de batalla” (p. 503).

En efecto, desde la polémica y la batalla hasta el diálogo y el acuerdo intelectual; desde la denuncia y ruptura con un cierto orden de cosas y la necesidad de formar nuevas comunidades intelectuales, desde el mensaje a lectores esperados al mensaje a lectores esperables, las revistas han sido en América Latina un medio fundamental del encuentro entre letras e ideas. Publicar una revista implica entonces incidir en el debate público, crearlo, cambiarlo. Diseñar mapas simbólicos, incidir en el espacio compartido y en distintos ámbitos, desde los de

¹ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *América. Cahiers du CRICCAL* (Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III), núm. 9-10 (1992), p. 9.

la creación hasta los de la crítica, desde el lenguaje general hasta el especializado y el académico. La existencia en nuestros días de tantos títulos de revistas que conviven democráticamente en los estantes de las librerías en orden alfabético así lo comprueba.

El estudio de las revistas constituye ya en sí mismo un nuevo campo de trabajo con independencia relativa: un campo que ya ha dado sus frutos, desde los trabajos pioneros de John King sobre la revista *Sur* (publicados en inglés en 1979 y en español en 1986) y la valoración colectiva sobre discursos y revistas culturales en Latinoamérica encabezada por Claude Fell (1992). El trabajo de King tenía ya algunos precedentes en el estudio de revistas literarias en la región, como bien lo recuerda Regina Crespo. Pero es a partir de entonces que el camino recorrido por el estudio de las revistas en América Latina se hizo cada vez más rico, fructífero y complejo. No sólo contamos hoy con una larga serie de trabajos dedicados al estudio en profundidad de distintas publicaciones periódicas procedentes de nuestro ámbito cultural (*Marcha*, *Repertorio Americano*, *Casa de las Américas*, *Amauta*, *El Caimán Barbudo*, *Cuadernos Americanos*, *Sur*, entre muchas otras), sino también con grandes esfuerzos de conjunto como los de Claude Fell y Saúl Sosnowski.²

Regresando al libro que aquí presentamos, ya desde el prólogo de Regina Crespo se da perfecta cuenta de lo que significa hacer una revista y también de lo que significa estudiar una revista. El abanico es muy amplio, y va desde las publicaciones de fuerte contenido político hasta las de alcance cultural y literario —que no son lo mismo— y llegan a las ligadas a las vanguardias políticas y artísticas.

En rigor los verdaderos protagonistas y personajes principales de *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales* no son las personalidades individuales (que por supuesto ocupan el merecido lugar en cada caso), sino los colectivos, las revistas latinoamericanas y las redes intelectuales que ellas contribuyeron a perfilar y reforzar. Los trabajos sobre *Sur*, *Orígenes*, *Cuadernos Americanos*, *Vuelta*, animados por personalidades tan fuertes como sus respectivos directores y más cercanos colaboradores (Victoria Ocampo, José Lezama Lima, Jesús Silva Herzog), muestran también la función de los hombres de letras y el complejo modo de articulación entre cuestiones estéticas, éticas e ideológicas a través de textos que son ya en sí mismos formas que traducen, en términos que tomo de Edward Said, el paso de la “filiación” a la “afiliación” de un autor y permiten alcanzar una mejor comprensión de su vínculo con el campo intelectual. Y contrastan con aquellas otras publicaciones que apuntan predominantemente al colectivo.

Es así como, al leer por ejemplo la historia de *Repertorio Americano* (1919-1958), recuperamos no sólo la hazaña cultural de Joaquín García Monge, sino la

² Saúl Sosnowski, ed., *La cultura de un siglo: América Latina en sus revistas*, Madrid/Buenos Aires, Alianza, 1999.

vida de un personaje marcado por el juvenilismo, el arielismo, el hispanoamericanismo etcétera.

Uno de los rasgos distintivos de la cultura latinoamericana es la existencia de estas formaciones intelectuales: más aún, me atrevería a decir que, como demuestra este trabajo colectivo, las propias nociones de “identidad”, “americanismo”, “hispanoamericanismo” o la consolidación de corrientes literarias y estéticas, del modernismo a las vanguardias, mucho deben a la expansión de ese fenómeno apoyado en el soporte material y la circulación de la propia revista.

Las publicaciones periódicas han tenido además muchas otras funciones importantes: por un lado, traer a presente, poner sobre el tapete, reactualizar, revivificar y dar nervio y sentido de urgencia y necesidad imperiosa a las discusiones. Como bien dice Regina Crespo en la “Introducción” de este volumen:

Las revistas literarias y culturales han representado un espacio privilegiado para el establecimiento de pautas de discusión y acción no sólo en el campo cultural e intelectual sino además en el ámbito sociopolítico. Durante el siglo xx latinoamericano fungieron como un instrumento importantísimo para que los grupos de literatos, artistas e intelectuales expresaran sus ideas y así intervinieran en el acontecer cultural y político. La comprensión de cómo se establecen y se difunden los cánones literarios, ideológicos y culturales, de cómo se construyen —se modifican, se adaptan o se sustituyen— las tradiciones locales, nacionales e incluso continentales, pasa inevitablemente por el análisis de estos vehículos de difusión y debate que, desde su surgimiento, han construido herramientas básicas para la circulación de ideas. Subyacente a estos procesos se encuentra una malla de redes sociales que merece ser igualmente atendida (p. 9).

En su manejo del permanente ejercicio de diseño de un nosotros, por inclusión y exclusión, de acuerdo y desacuerdo, polarizando opiniones y estableciendo consensos, trazando un circuito de lectores y colaboradores aliados, allegados, y tomando distancia con los otros, las revistas fueron configurando espacios simbólicos particulares dentro del ámbito de lo público: este espacio público que ha sido una de las grandes conquistas y aportes característicos de nuestra América y que hoy se encuentra en terrible y acongojante repliegue.

Por otra parte, muchas de las reflexiones pioneras suscitadas por este campo de interés siguen teniendo enorme vigencia y demostrando alto rendimiento. Muchos son los que continúan siendo los grandes temas a tomar en cuenta para el estudio de las revistas: su formato, su estructura y su sintaxis, pero también su incidencia en el debate abierto y sus políticas de publicación, el estudio de los consejos de redacción como colectivos que representan institucionalmente una toma de posición en el campo, las distintas modalidades de intervención cultural, el énfasis en lo público pensado como espacio de alineamiento y conflicto. La revista es a la vez una respuesta a la coyuntura y una apuesta a largo plazo en cuanto *hipótesis de ordenamiento futuro*, un escenario privilegiado para observar procesos tales como los de modernización cultural y debates estéticos e ideológicos.

Dice también Sarlo que a partir de las revistas podría hacerse “una historia que tuviera como objeto las modificaciones institucionales de los lugares que ocupa el discurso literario y, sobre todo, que [se] focalizara en los conflictos ideológicos y estéticos”. Y otra cuestión fundamental, marcada por la estudiosa antes citada:

El discurso de las revistas elige políticas textuales y gráficas. Define fundamentos de valor, por los que coloca a la revista en relación con otros discursos: la literatura frente a la política, la crítica literaria frente a las ideologías, la cultura letrada frente a la popular. ¿Quién subordina? ¿Quién es subordinado? ¿Cuál es el valor que organiza el resto de los valores? Las revistas responden siempre a estas preguntas, aun de manera elíptica, a veces señalando a otra parte o a otro texto.³

Sarlo afirma de manera convincente que las revistas *construyen* su público y tienen además sus *geografías culturales*: por una parte el espacio intelectual concreto donde circulan y por la otra el espacio-*bricolage* imaginario donde se ubican idealmente. En mi opinión, la propia ilustración de portada de este libro es sugerente al respecto: hay un mapa —o incluso muchos mapas— de América Latina que las revistas postulan y contribuyen a diseñar, y eso ya desde su propio título, que es en sí mismo una propuesta de política cultural: tal es el caso de *Cuadernos Americanos*.

Estas geografías —regreso a Sarlo— pueden a su vez superponerse sin mayor conflicto, pero pueden también, lejos de hacerlo así, inaugurar nuevos espacios —sobre todo cuando pensamos en aquellas que constituyeron intervenciones fuertemente originales y cercanas al pionerismo cultural. En todos los casos podemos pensar, en cuanto a la “intervención” de una revista en la esfera pública, “como propuesta de reorganización de la tradición cultural”. Si a todo ello añadimos que las revistas latinoamericanas tienen conciencia “de participar en un campo cultural periférico” —en cuanto pueden, por ejemplo, traducir la tensión entre modernización y nacionalismo cultural—, los fenómenos de importación cultural o las peculiaridades de la formación de culturas nacionales en países periféricos abren a su vez temas de importancia central para leer muchas de nuestras publicaciones.

En efecto, el gran tema es ¿cómo leer una revista?, es decir, no sólo cómo leer los distintos artículos que la integran, sino cómo leer su sintaxis interna y el modo en que se articula con la sintaxis ideológica a la que a su vez tematiza y problematiza.

Es además posible leer cada trabajo de manera independiente, o bien poner en diálogo unos y otros artículos e incluso subir un escalón e ir persiguiendo distintas opiniones sobre el sentido de las revistas, y las distintas experiencias que en cada caso representaron.

Regresando al libro que presentamos, podemos referirnos a algunas de las valoraciones sobre las revistas citadas en él. En “Estela intercontinental de *El*

³ Sarlo, “Intelectuales y revistas” [n. 1], p. 12.

Nuevo Mercurio”, Gustavo Jiménez Aguirre retoma a Guillermo de Torre, quien sostenía que “las revistas guardan un aire de familia con los boletines meteorológicos, porque anticipan de manera ‘infalible’ cada nuevo salto en la rosa de los tiempos del espíritu [...] Todo genuino movimiento literario, todo amanecer ha tenido indefectiblemente su primera exteriorización en las hojas provocativas de alguna revista [...] La revista anticipa, presagia, descubre, polemiza” (p. 43).

García Monge, citado por Mario Oliva en “En torno a la historia de *Repertorio Americano*”, afirma: “Las revistas sirven para que en ellas se exprese la generación pensante e ilustrada de un país o de un continente, lo que piensa y siente acerca de las múltiples incitaciones de la vida. Para ello ha de haber libertad, tolerancia y la inevitable acción de los pareceres que en las revistas se dan cita” (p. 79). Y cumplió ampliamente con su cometido en la longeva *Repertorio Americano*.

No todo es acuerdo y concordancia, hay simpatías pero también diferencias, contrastes, polémicas. El texto de Malva Flores dedicado a *Vuelta* permite recordar otra de las posibles facetas de una revista, la polémica. Pues como dice Guillermo Sheridan, citado por Flores: “Una polémica es una discusión en estado de emergencia, una erupción argumental que alivia o por lo menos replantea las tensiones subterráneas de una cultura [...] acicatea la acción pública de posturas antagónicas y hace madurar a una cultura con la evidencia benéfica de la pluralidad y la disensión cuando precisa los contornos de una postura ideológica, estética o moral con una voluntad” (p. 510).

Las revistas no sólo sirven para atraer y aglutinar intelectuales y artistas que presentan afinidades ideológicas y en cuanto a visión de mundo, sino también para instaurarla. Tal es el caso de publicaciones que han llegado a convertirse en verdaderos laboratorios, como lo muestra el caso de la sin par *Amauta*. En “Definiciones en la revista *Amauta*: símbolos, redes intelectuales y proyecto socialista en 1928”, Ricardo Melgar Bao menciona que alrededor de 1926 y 1928

la revista transitó con éxito relativo por una fase de experimentación con giros tácticos enfrentando los desafíos propios a su frágil economía y a los riesgos diversos generados por la intolerancia gubernamental y los disensos ideológicos y estéticos, los cuales tuvo que enfrentar y/o padecer. Si la revista se movió en la disyuntiva de expresar un “movimiento” o una “generación” intelectual emergente en el campo cultural, fue más lo segundo que lo primero. En 1928 era indiscutible que *Amauta* había ganado las expectativas y preferencias de un sector relevante de la intelectualidad latinoamericana, ubicándose en la vanguardia del pensamiento peruano. Sus ecos se habían hecho sentir entre algunos destacados intelectuales norteamericanos y europeos, y fue la revista el medio por el cual Mariátegui se proyectó como figura de primer orden en el campo intelectual latinoamericano [...]

El campo socialista, en la heterogeneidad y el carácter contradictorio de sus adscripciones ideológicas y políticas, no dejaba de incidir en los campos más amplios de la cultura y la política peruana y latinoamericana. Mariátegui, desde la revista y más allá de ella, animaba la *configuración de un polo de concentración intelectual* basado en la afinidad de ideas, las prácticas político-culturales. En sínte-

sis, trataba de impulsar y desarrollar proyectos renovadores y revolucionarios en los campos de la cultura y la política peruana y continental (pp. 180-181).

Si algunas revistas fortalecieron los vínculos hispanoamericanistas y, es más, inventaron el latinoamericanismo, otras tuvieron un sentido de génesis de la izquierda. Tal el caso de *Marcha* y la *Revista Brasiliense*, esta última publicada entre 1955 y 1964. Como dice Claudia Wasserman en “A *Revista Brasilense* e os debates da esquerda brasileira entre 1950 e 1960”:

Desde el inicio del siglo xx las revistas literarias y culturales aglutinaban intelectuales que compartían una misma visión de mundo y se sentían predestinados a influir en la construcción de un futuro mejor para sus propios países y para el conjunto del continente, reflexionando sobre los problemas y buscando estrategias para combatirlos. Así, *Marcha* se convierte en una “trinchera de ideas”, parafraseando la expresión de Martí (pp. 377-378).

Es apasionante también descubrir el papel que tocó cumplir a las publicaciones periódicas en el tejido y consolidación de redes intelectuales, como es el caso de la revista chilena *Claridad* o del *Boletín Renovación*, estudiados respectivamente por Fabio Moraga y Alexandra Pita. En algunos casos las revistas son resultado e institucionalización de formaciones intelectuales previas, pero en otros casos incluso instauran un discurso y cambian, dando un giro a los debates públicos, como *Marcha*.

Quiero celebrar una coincidencia: precisamente cuando escribía esta reseña llegó a mi correo el anuncio de un nuevo libro editado y dirigido por Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina*, tomo II, *Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo xx*, más joven aún que el de Regina Crespo —publicados respectivamente en abril y junio. Allí se muestra que “las élites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina”. Si a ello añadimos la reciente publicación del libro de Alejandra Pita sobre *Renovación*, que acaba de recibir mención honorífica por parte del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y sumamos *Estrategias del pensar*, por mí coordinado, veremos que en efecto todos giramos en torno de un tema central, el de los espacios de sociabilidad intelectual y la preocupación de las élites intelectuales por incidir en el espacio público, y aún en generar nuevas zonas de debate en el mismo: la distinción entre “poder secular” y “poder espiritual” de Comte.

En suma: el estudio de las revistas permite establecer además riquísimos cruces con la historia de la cultura, la literatura y las ideas, así como con disciplinas que se han consolidado en años más recientes: la historia intelectual, la historia de las élites intelectuales, la historia de la vida editorial, el estudio de las redes intelectuales, y que además se retroalimenta con los novísimos abordajes apoyados en el estudio de prácticas y discursos. Como observa François Dosse, las revistas constituyen “uno de los soportes esenciales del campo intelectual” y “pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad, es-

pacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas⁴.

Los análisis que se publican en *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales* permiten mostrar esa *sintaxis interna* de la revista, esto es, la organización, articulación y puesta en diálogo de sus componentes internos, así como también la *sintaxis externa* que establece con una serie de instituciones y formaciones que fueron clave en su momento para entender la articulación y la dinámica del campo. Y permiten además demostrar que esas *sintaxis interna* y *externa*, en rigor, están enormemente relacionadas, que el contenido de las revistas está en realidad fuera de las mismas, y que también las redes autorales que las alimentan están dentro y fuera de los textos.

Felicito a Regina Crespo y felicito a todos los que colaboraron en este volumen, en el que yo misma tengo el gusto de participar, por este nuevo logro de un trabajo compartido que reproduce el afán de diálogo de las propias revistas, y que se contagia de la energía y el interés de su propio objeto de estudio.

Liliana Weinberg

⁴ François Dosse, *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*, París, La Découverte, 2003, p. 51.